

Crónica de un viaje al Hospital Albert Schweitzer en Haití*

Jaime E. Ollé Goig

Hospital Albert Schweitzer, Deschapelles, Haití, y Asociación Catalana para la Prevención y Tratamiento de la Tuberculosis en el Tercer Mundo (ACTMON)**.

There are no conditions to which a man cannot become used, especially if he sees that all around him are living in the same way.

Anna Karenina. L. Tolstoy

Et ce n'est point la charité qui me tourmente. Il ne s'agit point de s'attendrir sur une plaie éternellement rouverte. Ceux qui la portent ne la sentent pas. C'est quelque chose comme l'espèce humaine et non l'individu qui est blessé ici, que est lésé. Je ne crois guère à la pitié. Ce qui me tourmente, c'est le point de vue du jardinier... Ce qui me tourmente, les soupes populaires ne le guérissent point. Ce qui me tourmente, ce ne sont ni ces creux, ni ces bosses, ni cette laideur. C'est un peu dans chacun des hommes, Mozart assassiné.

Terre des hommes. A. de St. Exupéry

¿Hacen?
Fatal
¿No hacen?
Igual

Poesía. F. Pessoa

El paisaje por el que he estado viajando durante las dos últimas horas parece que me quiera preparar para la sorpresa que me espera: un páramo de colinas desnudas apenas cubiertas por algunos cactus y matorrales espinosos que me traen a la memoria los años que pasé en el Sahel¹; me cuesta creer que me encuentro en una isla del Caribe. Poco después de haber cruzado la frontera (a través de lugares con nombres tan seductores como Malpaso o río de la Manatza), y siguiendo la carretera que bordea el lago Salobre, sin vestigio alguno de vegetación, apercibo unas cabañas en la otra orilla distante. ¿Cómo puede alguien vivir en este desierto?, me pregunto. El cargamento de las dos pequeñas embarcaciones a vela que se acercan me dan la respuesta: llevan carbón ¿Carbón? ¿Carbón hecho con qué? ¿Quemando piedras? Mientras intento aclarar mis dudas observo cómo los dos tripulantes descargan los sacos en tierra firme y me confirman a gritos que de carbón se trata.

*Una parte de este artículo ha sido publicada bajo el título «On the road to Deschapelles» en *The Lancet* 1999; 354: 1134.

**ACTMON financia parcialmente el Programa de Lucha contra la Tuberculosis del Hospital Albert Schweitzer.

Correspondencia: Dr. J.E. Ollé.
Apartado postal 9802, Santo Domingo, República Dominicana.
Correo electrónico: jolle@codetel.net.do

Recibido el 8-9-1999; aceptado para su publicación el 16-11-1999

Med Clin (Barc) 1999; 114: 60-62

Desde la República Dominicana, donde ahora trabajo, estoy viajando al valle del Artibonita en Haití. Dos países que comparten la misma isla, pero que a excepción de algunos fragmentos de historia agitada, muy poco tienen en común. Mañana tendrá lugar un encuentro en el Hospital Albert Schweitzer² para discutir el Programa de Control de la Tuberculosis. Estamos llevando a cabo una estrategia terapéutica que está obteniendo muy buenos resultados: antiguos enfermos ya curados se hacen responsables de los nuevos enfermos de su comunidad y les llevan los medicamentos a sus domicilios para controlar su ingesta y hacer su seguimiento^{3,4}; una forma local de aplicar la estrategia denominada DOTS que han adoptado la Organización Mundial de la Salud y la Unión Internacional contra la Tuberculosis para combatir de forma urgente el número creciente de casos de esta enfermedad en el mundo⁵.

Atravieso Saint Marc, una pequeña ciudad costera que parece devastada por una guerra reciente. Las vetustas y gráciles casas de madera están a punto de caerse, mientras que las nuevas y agobiantes de cemento parecen ya abandonadas antes de haberse acabado; la que fue un día una deslumbrante y resplandeciente playa en la bahía azul está ahora cubierta de basura y excrementos pero unos niños juegan en ella despreocupados por la porquería que pisan, mientras unos cerdos hincan sus hocicos afanosamente en la arena pestilente en busca de cualquier deshecho; a corta distancia, el puerto semiabandonado se encuentra bloqueado para varios barcos herrumbrosos, embarrancados y con sus quillas ladeadas, algunos invadiendo el muelle con sus proas como si una fuerza desconocida los hubiera empujado hacia tierra...

Unos kilómetros más lejos adelante a una pareja que camina carretera arriba bajo el sol abrasador. Detengo mi todo-terreno y cuando me alcanzan les ofrezco llevarlos; el hombre forcejea con la puerta con ahínco y tengo que bajar para abrirla: es probable que no haya viajado nunca en un vehículo particular. Me explica que fueron al mercado de la ciudad a vender su cerdo pero como no encontró comprador lo dejaron con un amigo y vuelven a casa a pie porque no tienen con qué pagar el pasaje de vuelta en un desvencijado «tap tap». Media hora más tarde, después de habernos despedido, dejo la carretera (no quedan ya vestigios del asfalto que la cubría no hace mucho) respirando con dificultad el polvo que levanto, y que demuestra –una vez más– la futilidad de nuestras acciones en estas latitudes cuando no van acompañadas de un compromiso de apoyo firme y continuado, y sigo corriendo arriba el canal alimentado por el Artibonita. Los campos de arroz de un verde claro y limpio contrastan con las oscuras montañas de la cadena de Les Cahos que cierran el valle. Ahora podré relajarme algo durante este último trayecto: gracias a la ayuda internacional lo que antes era un infierno de barro o polvo se ha convertido en una ancha pista lisa y dura por la que los vehículos pueden viajar a gran velocidad. El bienestar de los

Fig. 1. El padre de Emil ante su casa.

conductores, sin embargo, representa un continuo dolor de cabeza para los cirujanos del hospital que han visto los accidentes aumentar notablemente. Apercibo un muchacho que anda con dificultad y le ofrezco llevarlo. Emil no debe tener más de diez años y vuelve a casa después de trabajar con su padre; le ayudo con la carga que lleva sobre la cabeza pero apenas puedo levantarla. Su casa no está lejos y al llegar veo que se trata de un *hounfor*; aun siendo una residencia extremadamente pobre, en medio de los campos pedregosos cubiertos por tallos de maíz raquíticos y desecados, está ricamente decorada para las ceremonias rituales que celebrará su padre, quien además de campesino es un *bokor* (fig. 1).

Llego a Deschapelles, tan sólo unas casas esparcidas a lo largo del último tramo de camino empinado, pedregoso y desigual que conduce al hospital. El paso no es fácil entre tantos conocidos que me saludan y los puestos de vendedores que obstruyen su acceso. Por la tarde tiene lugar la reunión; se ofrecen distintas opciones y se sugiere un diálogo franco con las autoridades que dirigen el Programa Nacional de Lucha contra la Tuberculosis y que exigen que adoptemos el régimen terapéutico del resto del país. Sabemos todos lo importante que es trabajar dentro del marco institucional y en completo acuerdo con las directrices locales, pero pensamos que, en aras a la uniformidad, se nos está pidiendo dar un paso atrás para ejecutar una estrategia que no tendrá éxito entre esta población rural de medios tan escasos. Esperamos poder alcanzar una visión común en un corto plazo.

Al día siguiente poco después del amanecer emprendo la marcha hacia el pueblo de Verrettes. Mientras ando no puedo evitar mi renovado asombro ante el contraste que ofrece la belleza del paisaje que me rodea y las condiciones de miseria en las que sus habitantes intentan sobrevivir. Voy a visitar a Gertha, que tiene 14 años y es huérfana; hace tres años estaba enferma de tuberculosis y entonces descubrimos que estaba también infectada por el virus de la inmunodeficiencia humana. ¿Cómo se pudo haber infectado? Al interrogarla cuidadosamente, nos explicó que habían abusado sexualmente repetidas veces miembros de la familia con la que vivía. Convencimos a su abuela (con la ayuda de un estipendio mensual) para que cuidara a la niña en su casa y, desde entonces, no ha tenido problemas. ¿Cuándo deberíamos informarle acerca de su estado? ¿Cuándo volverá a enfermar? Son preguntas que me hago al acercarme a su casa. La abuela está sentada en el patio trasero y después de saludarme me informa que Gertha se fue a la capital con una amiga. ¿Para qué?, pregunto enojado. Otra per-

Fig. 2. Dos mujeres, cerca de St. Marc, barriendo su casa.

sona que nos escucha comenta que la niña ha crecido mucho desde que la vi y se ha convertido en una linda mujer, y que a menudo pelea con su abuela cuando ésta le pega o la maltrata. Mientras la abuela me da una larga explicación, negando haber pegado a su nieta en ningún momento, observo un gato que yace tendido en un charco de sangre; apenas se mueve pero se agita espasmódicamente por momentos; puedo ver parte de su cerebro a través de un corte que parte su frente. Pregunto en silencio señalando al animal que agoniza. «¡Oh, es un maldito ladrón y tuve que darle una pequeña lección!». La respuesta proferida sin ninguna vacilación llega de la abuela...

De retorno paso por casa de Boane. Lo conozco desde hace años y escribí ya algo de su historia⁶. Un hombre anciano pero fuerte y ágil que vive solo, y que no duda nunca en andar un buen trecho con su única pierna para venir a mi encuentro en cuanto sabe que he vuelto. Lleva una camisa que fue roja, que compré hace más de veinte años, y que le di la última vez que nos vimos. Después de charlar unos minutos me comenta flemáticamente: «Lo único que comí ayer fue un mango», y con una sonrisa socarrona añade: «Todavía no es la estación de los mangos y estaba verde».

Sigo mi paseo y un rato más tarde apercibo una anciana de rostro afable que bajo la sombra de un árbol, a un lado del camino, vende el café y el pan que están encima de una mesita. Le pido una taza y después de beber una segunda taza de un brebaje humeante y delicioso me responde que cada una vale una gourde (unas 10 pesetas). El billete más pequeño que tengo es de 25 gourdes y ella no dispone de cambio. Sugiero entonces invitar a las personas que nos han estado observando: ¡23 gourdes de café y pan para distribuir! Unos segundos más tarde me encuentro intentando apaciguar a un grupo de gente que, mientras gritan y pelean, intentan sacarle el pan que queda, reclamando su derecho también al café. La pobre vendedora me mira asombrada al ver cómo sus mercancías desaparecen. ¿Por qué será que tantas de nuestras intervenciones más benignas se convierten en algo indeseable para las personas a las que iban dirigidas?

Debo llegar a la frontera antes de que se ponga el sol y después del almuerzo emprendo la vuelta. Vuelvo a pasar por ese paisaje desolado y me viene a la memoria un informe del Banco Mundial que afirma que la situación actual es parecida a la de un país que ha estado en guerra durante varias décadas⁷. Sobre una colina pelada dos mujeres están barriendo la entrada de su humilde vivienda, junto a la carrocería de un vehículo abandonado (fig. 2). El sol quema y

no hay ninguna sombra protectora. Me detengo, salgo del coche y me acerco a ellas para solicitar permiso y tomarles una foto. El suelo es de tierra y las escobas levantan nubes de polvo que nos envuelven y nos hacen por momentos invisibles. ¿Por qué están barriendo?, les pregunto. En este lugar y a esta temperatura, este ejercicio me parece absolutamente inútil. «Debemos mantener la casa bien cuidada», me contestan casi al unísono.

Agradecimiento

Dedico este escrito a mi esposa Tere que ha compartido muchas horas –buenas y no tan buenas– conmigo en Deschapelles y a la memoria del Dr. L.W. Mellon, fundador del Hospital Albert Schweitzer de Haití.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Ollé Goig JE. Los ojos de Aisha. Reflexiones de un médico en el Sahel. *Med Clin (Barc)* 1989; 92: 460-461.
2. Ollé Goig JE. Historia del Hospital Albert Schweitzer. *Jano* 1992; 42: 35-36.
3. Ollé-Goig JE, Álvarez J. Control of tuberculosis in a district of Haiti: directly observed versus non observed therapy. *Int J Tub Lung Dis* 1997; 5 (Supl): 68.
4. Ollé-Goig JE, Álvarez J. Treatment of tuberculosis in rural Haiti by directly observed therapy versus non observed therapy: the experience of the Hôpital Albert Schweitzer. *Am J Pub Health* (pendiente de aceptación).
5. De Cock KM, Wilkinson D. Tuberculosis control in resource-poor countries: alternative approaches in the era of HIV. *Lancet* 1995; 346: 675-677.
6. Ollé Goig JE. Boane, Odet y Antony con final etíope. Riesgos y servidumbres de nuestra intervención. *Med Clin (Barc)* 1999; 112: 74-76.
7. Anónimo. La situation d'Haiti comparable a celle des pays en guerre. *Le Nouvelliste*. Port-au-Prince, 19 de noviembre de 1998.